

El educador de museo

Formación y reconocimiento de una profesión

Javier Arnaldo

En las últimas décadas, hemos asistido a una transformación llamativa de los museos que cabe analizar desde distintos condicionantes, entre los cuales destaca sin duda, la importancia que crecientemente han adquirido las cuestiones relacionadas con su dimensión educativa.

Sea en las grandes pinacotecas, casas-museo, museos de arqueología, o de arte contemporáneo, sobre los programas educativos recae hoy la responsabilidad principal en la comunicación productiva entre las colecciones, y un público no necesariamente experto que las visita y frecuenta. La acción educativa es el vehículo mismo de la proyección social de los museos. Ha crecido mucho la demanda de guías didácticas, audioguías, visitas comentadas, recursos de interpretación, propuestas de itinerarios y, en sentido lato, del apoyo de una oferta pedagógica que pueda servir al acercamiento entre colecciones y públicos, también, por supuesto, cuando el objeto de la visita las son exposiciones temporales. Las exigencias de calidad en este campo son ya notables y serán cada vez más altas.

Muchos museos y centros de arte de nuestro entorno ven en la proyección social que se perfila desde sus departamentos de educación, una vía de crecimiento para el cumplimiento de sus funciones como lugares destinados a la conservación y a la divulgación de bienes culturales. Con la fuerza del desarrollo de este campo de actuación, han aparecido nuevos perfiles profesionales ligados a la extensión educativa de los museos y a la interpretación del patrimonio. Ha aumentado considerablemente el número de personas que desde dentro o desde fuera de las plantillas de los museos, se dedican a trabajos ligados a la extensión educativa de la museología, y, sin embargo, las preguntas relacionadas con la formación de los educadores, salvo en contados contextos, no ha obtenido aún la respuesta que pudiera permitir hablar de la existencia de modelos consolidados. Más bien se diluyen las exigencias y la formalización de la práctica profesional, a fuerza de dar cumplimiento a fines que suelen plantearse a corto plazo, y que, incluso a veces, son ajenos a los objetivos que definen los propios museos. Por otro lado, el reconocimiento profesional del educador sigue siendo una asignatura pendiente. La media de sus retribuciones es baja y no se considera suficientemente la calidad de su perfil laboral, pese al lugar decisivo que ocupa su figura como encargado de llevar a cabo la labor de transmisión de conocimiento ante las obras de arte.

Esta combinación contradictoria de circunstancias merece alguna reflexión. Es fácil precipitarse a concluir que la formalización de estudios específicos de grado o de postgrado para educadores de museos es el principal reto. De una titulación especial haríamos supuestamente el salvoconducto de un reconocimiento y de una consolidación de funciones. Una oferta en este sentido existe ya de mayor o menor calidad según los centros que los ofertan. Pero probablemente, no es esa la cuestión central por las razones que explicaré a continuación. Lo que me parece importante y decisivo es que, no ya como una especialidad segregada, sino dentro de estudios tales como Historia del Arte, Museología y otros, se conceda la debida importancia a esta sección de la formación y del estudio, en la que muchos encuentran finalmente su vocación profesional. Una profesión que se integra dentro de un cuadro de competencias que comparte con profesiones de distinta especialidad, pero con conocimientos y objetivos comunes. Un segundo punto que quiero destacar se refiere, no ya a ese cuadro general de competencias, sino, en sentido opuesto, a la necesaria especificidad de todo proyecto pedagógico para el que se forma un educador de museo. Este segundo condicionante del trabajo del educador convierte a la fuerza a los museos, a sus colecciones y a sus equipos humanos, en agentes y centros de formación de sus propios educadores. Y es importante que sea así.

No hay dos obras de arte iguales, ni dos colecciones idénticas, ni dos museos gemelos. Las actuaciones de los museos, algunas tan sencillas como el mero hecho de abrir sus puertas, son actuaciones particulares que dan a conocer objetos y conjuntos particulares. La acción museológica incide una y otra vez en un conocimiento de objetos únicos y no intercambiables. Los programas de exposiciones temporales, los planes museográficos y las previsiones de estudio, están siempre en cada museo condicionados por el propio perfil de sus colecciones, lo mismo que por su entorno social. En el mismo sentido, la acción educativa de cada museo se distingue en primer término por lo que enseña, que es su propio patrimonio. Y podrá distinguirse también por cómo lo enseña, y por los métodos de interacción entre la museología y la didáctica que cultive en función de lo que entienda por su mejor aprovechamiento. Esos métodos son competencia de quienes guían y asesoran a los visitantes: los educadores de museo, que son, a su vez, transmisores de una formación, actores del museo mismo como centro de formación.

Estoy convencido de que la formación del educador se apoya en lo fundamental en las dos instancias que acabo de mencionar; y de que trabajar en el cuidado de ambas, es clave para lograr los mejores medios de disfrute, comprensión e interpretación de los museos. En la actualidad, no todos los museos cuentan con equipos propios de educadores; de hecho, estadísticamente pueden considerarse excepciones los que disponen de educadores propios. La figura del educador de museos está representada muy frecuentemente por un colaborador externo o por empresas colaboradoras. En cualquier caso, lo verdaderamente importante para el reconocimiento del perfil propio de un museo es que los educadores, pertenezcan o no a la propia plantilla, desarrollen su actividad conforme a pautas didácticas afines a las definidas por el perfil museográfico de la propia institución. El museo cuida su patrimonio, entre otras formas, preservando la calidad educativa de su comunicación. Con todo, esa proyección de dentro hacia fuera, desde el museo hacia su comunidad, es lo más parecido a una propuesta de diálogo, que, por consiguiente, se continúa en la forma del intercambio, del coloquio y de la discusión entre colecciones y públicos. Y la interlocución es particularmente sensible cuando son los centros educativos los que intervienen en ese virtual simposio abierto por las obras de arte. La comunidad de todos los niveles educativos establece, con sus demandas, sus prioridades, sus lecturas y sus búsquedas, muchos de los términos de la conversación con los que las obras de arte son interpeladas en los museos. De ello resulta un enriquecimiento mutuo constante, un activo intangible cuyo principal administrador es precisamente el educador de museo, pues es en él en quien buscará apoyo todo nuevo interlocutor de la colección que ayuda a comunicar. Los conocimientos, las

habilidades y la responsabilidad que se exige al educador de museo son muy considerables; y probablemente, su posición como moderador de ese interminable simposio y como portavoz, por así decir, de la elocuencia de las obras mismas, le sitúa en un espacio profesional muy sensible que los museos —cuya vocación es la de que sus públicos aprendan de ellos— necesitan cuidar como parte sustancial de su trabajo de conservación.

[Publicado en Amigos de los Museos, n. 27, 2008, pp. 21-25]